



www.loqueleo.com/co

El terror de Sexto B

© Del texto: 1995 y 2025, Yolanda Reyes

© De las ilustraciones: 2015, Daniel Rabanal

© Del prólogo: 2025, Pilar Reyes

© De esta edición:

2025, Distribuidora y Editora Richmond S.A.S.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono +57 60 1 3906950

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.com/co

ISBN: 978-628-7672-58-1

Impreso en Colombia

Impreso por Multi-impresos S.A.S.

Primera edición en Colombia: 1995

Primera edición en Loqueleo Colombia: octubre de 2015

Edición de aniversario: marzo de 2025

Dirección de Arte: José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico: Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Dirección editorial: Ximena Godoy

Edición: María Alejandra Roa

Diseño de cubierta: Alexandra Romero Cortina

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.



El terror de Sexto B

Yolanda Reyes

Ilustraciones de Daniel Rabanal

Prólogo de Pilar Reyes



loqueleg

Prólogo

A veces, un libro hace a un escritor. Lo lanza con tal fuerza que lo define para siempre. *El terror de Sexto B* lo hizo con Yolanda Reyes —fue un debut deslumbrante—y marcó desde entonces sus señas de identidad: una manera de ver la literatura infantil que rompía moldes y estereotipos y, al mismo tiempo, abría caminos.

Por una feliz casualidad, yo fui testigo de aquel momento. A finales de 1994, Conrado Zuluaga, que era en aquella época el director editorial de Alfaguara, fue nombrado jurado del Premio Noveles Talentos de Fundalectura. Yo trabajaba como su asistente y tenía mi pequeño escritorio a la salida de su despacho. Lo había visto menear la cabeza, desesperado,

durante semanas. Nada lo satisfacía. Pasaba páginas y páginas. Hasta que en una fría tarde bogotana de noviembre exclamó:

—¡Carajo, aquí está el libro!

10 Me asomé a la puerta y vi en sus ojos la alegría que produce un hallazgo aún mayor: había un libro premiable, pero, sobre todo, una escritora. Me hizo pasar y me leyó el inolvidable comienzo de “Frida”:

“... Otra vez, primer día de colegio. Faltan tres meses, veinte días y cinco horas para las próximas vacaciones...”

Desde entonces, para mí quedó muy claro que la edición pasa inevitablemente por el entusiasmo, pero también que este surge de un hecho muy concreto: el descubrimiento de un buen libro. Editar es, en más de un sentido, compartir nuestro regocijo como lectores.

Conrado pensó que, si no ganaba el concurso, sin duda lo publicaría. Pero no solo fue el libro premiado, sino uno de los más exitosos del catálogo infantil y juvenil de Alfaguara, un

libro que lleva treinta años siendo leído y que ha conmovido a miles de jóvenes que, desde la primera edición, lo convirtieron en un clásico de la literatura colombiana.

Contada así, parece una fábula de éxito instantáneo, pero la realidad es bien distinta. Yolanda Reyes empezó a escribir este libro en 1989, cinco años antes de su publicación. En ese momento, trabajaba como profesora en el colegio Marymount de Bogotá y acababa de tener a Isabel. Quería dedicarse plenamente a la escritura, pero pensaba que era un camino difícil. Los cuentos fueron naciendo poco a poco y se vieron impregnados por las circunstancias de su vida y de su trabajo.

El borrador inicial constaba de tres relatos: “El día que no hubo clase”, “Un árbol terminantemente prohibido” y “Frida”, con los que participó en distintos concursos que perdió una y otra vez. Sin embargo, en lugar de guardar el libro en un cajón, siguió sumándole historias, como un gesto de persistencia feroz en la escritura.

Gracias a ello, *El terror de Sexto B* abrió los caminos: en el mundo que estaba construyendo, tan distinto del canon imperante, las historias se narraban desde el corazón de un niño de ciudad, en un lenguaje económico y expresivo, que dotaba de una extraordinaria verosimilitud a cada uno de los relatos. El lector percibía con nitidez un sentimiento metafísico que en ocasiones perdura toda la vida, incluso después de haber dejado atrás las aulas por décadas. ¿Cuántas veces, ya adultos, no hemos sentido que el tiempo es una materia densa e impenetrable, una sustancia viscosa que avanza con lentitud de oruga, como cuando nos enfrentábamos a una materia que no nos gustaba? ¿Cuántas veces no hemos revivido el temor y el sobresalto de no haber hecho las tareas para el lunes? En nuestra infancia, sufríamos *el terror de los lunes* y Yolanda supo capturar, con palabras indelebles, ese miedo persistente y difícil de erradicar.

El libro se presentó al concurso con el título *Un amor demasiado grande y otras historias*

del colegio. Al momento de la publicación, decidimos cambiarlo porque daba una idea demasiado limitada de lo que se contaba en sus páginas. Por supuesto, el primer amor y el enamoramiento son protagonistas en estas historias, pero también lo son el miedo, la ansiedad y las dudas, que no solo sufren los niños, sino que también experimentan a menudo los profesores. Por eso, el libro terminó publicándose con el título *El terror de Sexto B y otras historias del colegio*. Seguramente Yolanda piensa hoy, como nosotros, que no podría haberse titulado de otra manera.

13

El extraordinario ilustrador colombo-argentino Daniel Rabanal contribuyó al éxito inicial del libro con unos dibujos que se apartaban de todo lo esperado. Por una parte, añadió una nueva capa de lectura, ya que recreó los siete cuentos más que ilustrarlos, y, por la otra, dotó de una atemporalidad milagrosa a todo el conjunto. Treinta años después, con nuevas ilustraciones del mismo Rabanal para la primera

edición de Loqueleo y ahora publicadas a color para esta edición de aniversario, sus ilustraciones siguen siendo modernas y resulta difícil separarlas del texto.

14 No podría finalizar sin mencionar otra de las claves que han hecho de *El terror de Sexto B* un libro amado por varias generaciones de estudiantes. Mientras trabajaba en el colegio, el objetivo principal de Yolanda era que las estudiantes se acercaran a la biblioteca y descubrieran el placer de la lectura. Para ello, tenía que recomendarles libros atractivos en sí mismos y que, al mismo tiempo, les invitaran a seguir explorando lo que había en los anaqueles. A tres decenios de su publicación, *El terror de Sexto B* sigue siendo ese cicerone que nos invita a un círculo encantado del que, quizás, con suerte, nunca volveremos a salir.

PILAR REYES

*A Hernando y Beatriz
A Luis, Isabel y Emilio,
en orden de estatura
y con un amor “demasiado grande”.*

Circular para los lectores de estas historias

Los papás siempre dicen: “Cuando yo tenía tu edad, era el mejor de la clase”. Dicen también que el colegio es la época más divertida de la vida, la más feliz y descomplicada... Dicen y dicen mil maravillas por el estilo.

17

Claro que los papás llevan muchos años fuera del colegio y son gente de pésima memoria. Ya no se acuerdan del prefecto de disciplina ni de las malas notas. Es más, yo creo que solo se acuerdan de las vacaciones.

Estas historias del colegio no son así. Sucieron hace muy poco tiempo, en lugares muy cercanos, y me las contaron alumnos que tienen la memoria nuevecita, porque poco la han

gastado en aprenderse los accidentes geográficos o los ríos más largos del mundo.

18 Si por casualidad encuentran a un compañero con un nombre parecido en su colegio, piensen que es una simple coincidencia y no se lo digan a nadie, para evitar problemas. Ya es suficiente con los que tiene que resolver un alumno durante cinco días a la semana, durante cuatro semanas al mes, durante diez meses al año, durante doce o más años de colegio. Si son buenos para multiplicar, hagan la cuenta del tiempo que eso significa:

(5 días \times 4 semanas \times 10 meses \times 12 años.
R=...)

Pero si les da pereza, envíenle el problema al profesor de matemáticas. Seguro disfrutará resolviéndolo con cálculos mentales o incluyéndolo en su próximo examen escrito.

Y a propósito de los profesores, no crean que siempre se divierten. Se sorprenderían si supieran todo lo que ellos mismos me han confesado. Sé, por ejemplo, de una profesora de música

que se moría del susto con los monstruos de Cuarto C. Las manos le sudaban, las rodillas le temblaban y se le borraba la voz, hasta que la mamá tuvo que ir a hablar con la directora, porque le iban a traumatizar a su hijita.

También me sé historias muy románticas que han sucedido entre las cuatro paredes del colegio. Todas son reales. Como me las contaron, las cuento.

